

floreCIMIENTO, que es precisamente el *télos* humano, reclama el ejercicio de las virtudes. En consecuencia, los individuos y las comunidades sólo pueden florecer de un modo específicamente humano mediante la adquisición de virtudes.

Finalmente, después de una minuciosa reflexión, llegamos a la afirmación dada por el Autor de que el valor de las acciones está dado por las virtudes que las sustentan: «por ello, en la práctica, cuando (alguien) se pregunta «¿Por qué has hecho esto? Resulta siempre suficiente responder: «Porque era lo justo», «Porque era un acto de valor». «Porque es lo que una persona decente hubiera hecho. Pero desde el punto de vista teórico, no sólo es posible y es necesario responder otra pregunta: ¿«Por qué es una respuesta suficiente?», y lo que hace que sea suficiente es que los individuos y las comunidades sólo pueden florecer de un modo específicamente humano mediante la adquisición y el ejercicio de las virtudes» (p. 133)

Este Ensayo choca con la mentalidad positivista propia de un hombre autónomo e independiente que busca crear un mundo a su medida, gusto y capricho. Aquí, MacIntyre abre las ventanas al hombre, que sumido en la claustrofobia de la modernidad, es incapaz de mirar las necesidades de los demás y reconocer que él también es necesitado. Sin embargo, cuando el hombre valora su íntima dependencia, se reconcilia con la humanidad, comunica su propio límite y revitaliza la dignidad humana. De este modo, el ser humano descubre que su mayor riqueza no está en la capacidad de poder, dominio y tener, sino en lo más íntimo de cada hombre, en la virtud que posee, en la capacidad de darse en servicio de los demás y de saberse necesitado de la ayuda que los demás le puedan brindar.

María Isabel Casiva Gaitán

ZUBIRÍA, MARTÍN: *Las doctrinas sapienciales de la antigüedad clásica en el lejano oriente. Confucio, Laozse, Buda*, Buenos Aires, Quadrata, 2003.122p

Este libro presenta en su totalidad las *lecciones* sobre la así llamada filosofía oriental dictadas por el autor durante el primer semestre de 2001 en la Cátedra de Historia de la Filosofía Antigua, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza). En sus lecciones, que en tanto herederas de la '*lectio*' medieval buscan recuperar el *éthos* propio del profesor universitario, el autor da a conocer, desde hace ya más de diez años, los resultados de sus estudios sobre el presente de la filosofía, los cuales se encuentran determinados fundamentalmente por la obra de su Maestro, Heribert Boeder, para quien la tarea actual del pensar consiste en un sereno prestar oídos a

lo dicho por las sabidurías de nuestra tradición occidental, a lo que ellas han dado de pensar.

¿Por qué, entonces, ir al encuentro del pensamiento oriental? ¿Acaso constituye él nuestro presente? Debemos recordar aquí que un concepto en general nace de pensar el principio de fundamento en su oposición elemental: el principio de relación y el de distinción. Este último es el que el autor desarrolla en el escrito en cuestión, dado que sus lecciones muestran lo diferente entre el pensamiento oriental y las sabidurías occidentales (en particular la que alumbró a la antigüedad clásica expresada por Homero, Hesíodo y Solón).

La exposición resulta, por lo tanto, histórico - sistemática. Pues, si bien el autor se adentra en las doctrinas sapienciales del Lejano Oriente siguiendo un camino imparcial según parámetros históricos, en modo alguno es su intención que estas páginas lleguen a formar parte de la indeterminación que reina en la hermenéutica y en la filología, tal como se las entiende dentro de nuestra posmodernidad. No busca la descripción que se contenta con ser un punto de vista más (eufemismo por «opinión») o que logra una objetividad vacía, al suponer que lo diferente de una opinión consiste en la indeterminación del juicio. Su tarea, por el contrario, intenta pensar la verdad de lo que se describe, entendiéndola como el «*tópos*» desde donde lo pensado se muestra en su diferencia.

Lo histórico está presente en el orden en que se suceden las distintas manifestaciones del pensamiento oriental en la exposición. El autor comienza por el *I Guing* (capítulo II), como horizonte del desarrollo de estas doctrinas, dada la importancia que tuvo tanto para Confucio y Lao-tse (Laudse), como también para el pueblo chino. Luego, una vez determinado el suelo donde supieron surgir estas posiciones del pensar oriental, son abordadas las doctrinas de Confucio (capítulos III, IV y V), Laudse (capítulos VI, VII y VIII) y Buda (capítulos IX y X), a partir de los «*Diálogos del maestro Kong*», del «*Tao-te-king*» (*Daudeguing*), y de una selección de textos canónicos budistas redactados originariamente en lengua Pali, respectivamente.

Lo sistemático, por su parte, se encuentra en el modo en que se accede a lo dicho por estas doctrinas sapienciales (capítulo I). Pues el autor ni tiene las palabras de estos pensadores por elementos de géneros abstractos nacidos de la lingüística, tales como «texto» o «gran discurso», ni los sitúa en el campo de la problemática ético - política del lenguaje de necesidades y deseos de la sociedad pluralista. La palabra que llama al hombre a una distinción de sí mismo sólo se vuelve audible mediante la previa comprensión de lo diferente que anida en ella en tanto lenguaje. La búsqueda de una mayor extensión de los géneros, tal como aparece en la inclusión de todo predicar religioso dentro de la clase «mensaje publicitario» (Barthes), debe abstraer necesariamente de la cualidad, pues necesita un *continuum* que posibilite al pensamiento abarcar todo elemento posible, quitándole realidad efectiva a lo pensado. Mediante la atención a la diferencia, por el contrario, aquel ciego avanzar de elemento en elemento cesa dejando aparecer lo propio y no lo mismo en lo pensado. Esto sucede cuando las doctrinas sapienciales son pensadas como palabras que exigen un obrar sin tener en cuenta si quien escucha asiente o disiente, es de-

cir, cuando se comprende que su lenguaje es el del enseñar. Esta comprensión del lenguaje como enseñanza es la distinción necesaria para que la palabra que impone un «deber ser» al hombre pueda ser escuchada.

Ahora bien, tanto las doctrinas sapienciales del Lejano Oriente como las sabidurías originarias de la tradición occidental enseñan al hombre un camino que lo distingue de sus congéneres. La diferencia del lenguaje mencionada, entonces, constituye la condición de posibilidad para que la verdad de ambos grupos logre manifestarse. Esto sucede a través de la exposición detallada de cada una de las posiciones del pensamiento oriental en el elemento de la diferencia.

A partir de esta minuciosa faena cisoria se torna evidente que, a diferencia de las sabidurías originarias en occidente, el pensamiento oriental exige un obrar que si bien persigue la distinción del hombre de sí mismo, no se apoya en lo racional como en el elemento diferenciador de lo humano. Estos maestros de la civilización oriental enseñan que el camino hacia lo moralmente correcto consiste en el ejercicio de una cierta prudencia, vagamente determinada, a raíz de la ausencia de un definir agudo. Esta falencia se esconde detrás de un constante remitir a ejemplos, demasiado particulares por cierto, y del empleo de aforismos que, en su hermetismo, seducen sólo al lector desprevenido, que puede llegar a confundir la simpleza de lo cercano al origen con una posición del pensar próxima al sentido común. En correspondencia con esto último cabe destacar la claridad con que el autor muestra el modo en que lo que se supone un punto de partida para un pensar más originario no es sino la manifestación de ciertos preceptos morales (*'moralía'*), que no por ser verdaderos y dignos de encomio, deben admitirse como principio de un nuevo pensar en occidente.

A diferencia de lo oriental, los escritos que, en occidente, han expresado una sabiduría acerca de la distinción del hombre de sí mismo, se han asentado en lo racional del hombre como en su diferencia específica. Es por esto que cada manifestación epocal de estas sabidurías (la correspondiente con la antigüedad clásica, la neotestamentaria, y el saber civil contemporáneo a la Revolución Francesa) ha exigido a la razón que se distinga de sí misma mediante las distintas crisis de sus principios. Sólo como ejemplo, piénsese en la manifestación del Dios cristiano como lo absolutamente diferente y la crisis del pensamiento griego ante esta nueva concepción de «principio».

Lo diferente en el pensamiento oriental se vuelve más claro cuando se tiene en cuenta que estas doctrinas conforman un *corpus* cuya solidez y firmeza han perdurado a través de los milenios. Su estabilidad, empero, da muestras de la ausencia del momento de la crítica de la verdad, el cual es esencial al «lógos» en su «negatividad» interna. Por esto mismo el pensamiento oriental no presenta un desarrollo racional posterior. Su contenido no despierta la necesidad de una nueva determinación de la razón. Como sostiene Boeder, en una carta de felicitación al autor por este libro, estas doctrinas sapienciales «*no precisan del pensar que conmemora, sino sólo del retener; incluso allí donde dan de pensar*».

Esta diferencia, como lo señala el autor, ha provocado durante el siglo pasado el interés de varios pensadores en estos escritos, quienes, ávidos de novedades, han buscado sin parámetro alguno y sin descanso un camino alternativo a lo que ha sido la filosofía. De este modo lo oriental ha sido pensado dentro del mismo género junto con la historia de la filosofía en occidente. Y es dentro de este estado de cosas en que el pensamiento oriental es trasladado a occidente como apertura a un nuevo comienzo en el pensar. Las consecuencias de esta importación abstracta pueden apreciarse no sólo en el ámbito de los estudios sobre filosofía, sino también en la cotidianidad, donde quienes intentan convertirse al budismo no logran entender el concepto de «alma», dada nuestra tradición judeo-cristiana.

Que el pensamiento oriental no puede pensarse como alternativa ni de la filosofía en tanto metafísica, ni de las sabidurías que han determinado el desarrollo histórico de aquella, es algo que el autor se ha encargado de demostrar en su libro. Ello no obstante, su mérito descansa en haberlo hecho mediante un pensamiento sereno que ha buscado y encontrado, sin recurrir a la apologética que no logra escuchar más que sus propios gritos, la verdad de las doctrinas sapienciales del Lejano Oriente. Un pensamiento que no conoce la violencia de la crítica, que ha hecho propia la frase de Spinoza «*non flere, non indignari, sed intelligere*».

Emiliano Acosta